



DE KENNEDY

FONTIBÓN

TEUSAQUELLO

CHAPINERO

A SUBA

Cuentos bogotanos





De Kennedy a Suba: cuentos bogotanos / Francisco Antonio Franco Franco (Seudónimo Ariel Luna), [y otros cinco] - Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2025.
96 páginas; 15,5 x 21,5 cm.

ISBN 978-958-725-386-3

1. Cuentos colombianos. 2. Bogotá (Colombia) - Vida social y costumbres. 3. Barrios - Cuentos. 4. Vida urbana en la literatura - Cuentos. I. Franco Franco, Francisco Antonio, autor. II. Rodríguez Zalamea, César Enrique, autor. III. Ayala Medina, Mario Alejandro, autor. IV. Barreto, Rubén Darío, autor. V. Riveros Castañeda, Sergio Daniel, autor. VI. Acosta Boada, Felipe, autor. VII. Tít. CDD863.865

De Kennedy a Suba. Cuentos bogotanos

© Felipe Acosta, Rubén Barreto, Ariel Luna, Mario Medina, Sergio Riveros, Enrique Zalamea, autores, 2025

© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Carrera 4 n.º 22-61 Bogotá, D.C., Colombia
www.utadeo.edu.co/es/editorial - 601 2427030

Hecho el depósito legal que establece la ley

ISBN: 978-958-725-386-3 • ISBN PDF: 978-958-725-387-0

DOI: <https://doi.org/10.21789/9789587253863>

Primera edición, 2025

Diseño de la colección: Sylvana S. Blanco Estrada

Diseño de cubierta: Sylvana S. Blanco Estrada

Maquetación: Sylvana S. Blanco Estrada

Corrección de estilo: Camila Rocca Toro

Impresión: DGP Editores

Equipo Editorial Utadeo:

Marco Giraldo Barreto, jefe editorial · Susan Heilbron Luna & Sylvana Blanco Estrada, diseño editorial · Juan Carlos García Sáenz, coordinación revistas científicas · Sandra Guzmán, distribución y ventas · Lorena Galindo Guerrero, asistente administrativa.

*

En nombre de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano le agradecemos a usted, el lector de esta obra, por apoyar el trabajo de todas las personas que hacen posible que el conocimiento llegue a sus manos al adquirir este texto de manera legal, así como el interés por el conocimiento que producen nuestros investigadores, y el apoyo que pueda darnos para que éste tenga un mayor alcance.

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano 1 Vigilada Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución No. 2613 del 14 de agosto de 1959, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 6 años: Resolución 007576 del 20 de mayo de 2024, Mineducación.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización de la universidad.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

*

Esta obra resultó ganadora de la Reapertura del Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá 2024 del Instituto Distrital de las Artes, Idartes, con la cooperación de la Editorial Utadeo, conforme a la Resolución 1353 del 19 de diciembre de 2024 y de acuerdo con la evaluación realizada por el jurado conformado por Juan Alberto Conde Aldana, Juliana Javierre Londoño, Isaías Ángel Gabriel Romero Pacheco.



INSTITUTO
DISTRIITAL DE LAS ARTES
IDARTES





DE KENNEDY
FONTIBÓN
TEUSAQUILLO
CHAPINERO
A SUBA

Cuentos bogotanos

Contenido



Tótem y tabú	7
Viva la comedia.....	19
Colección.....	31
Mono Sandino	51
Tres Tristes Calvos.....	65
Estrella binaria	81



Tótem y tabú

Ariel Luna

*Como diamante que surge en un nudo de flama
Soy negra porque vengo de las entrañas de la tierra
Toma mi palabra como joya a tu luz abierta.
Audre Lorde, Carbón*

NO PUEDES APAGAR UN FUEGO: susurraba yo mientras los miraba y pensaba en esta cadena de eventos desafortunados. Todo empezó cuando nos tuvimos que ir por la otra ruta. La nueva autopista llevaba apenas dos años de ser estrenada y no la pudimos usar. El conductor dijo que estaba en arreglos, que por unas fallas geológicas. Nosotras le creímos. Yo me dediqué a mi lectura, aunque no en voz alta, como me gustaba. No pude porque a la de al lado le irritaba todo. Le irritaba el calor. Que el conductor nos hablara. Y todo. Le irritaba todo. Lo que ella no sabía es que, en una competencia de a quién le molesta más el mundo, yo siempre llevo la delantera. «Es que no la entiendo», me dijo luego de que preguntó qué leía y por qué leía eso. Me dijo que no le gustaba la poesía, que ella era más de lo que se puede tocar y entender y medir y contar. Me dijo, sin yo preguntarle,

que acababa de graduarse de una ingeniería. Lo dijo en un tono específico, como para justificar sus preferencias. Yo asentía mientras ella me echaba todo ese cuento y a ratos miraba a la otra, que iba adelante. Me daba risa que la de adelante hiciera caras a escondidas, tan molesta. No habló casi nada durante el principio del viaje. Fue la primera en ser recogida. Luego fui yo. Luego la de al lado. La de adelante no dijo ni buenos días cuando me subí a la camioneta. El conductor tampoco. Él apenas me miró por el retrovisor frunciendo el ceño, como sorprendido o desilusionado, asqueado o asustado. O alguna mezcla de esas emociones. De Cali a Bogotá son de nueve a catorce horas en carro. Depende de muchos factores, pero, sobre todo, de los imprevistos en la vía. El conductor nos advirtió que por el desvío iban a ser cuatro horas más.

Cuando pasó el accidente ya llevábamos un buen rato por la nueva ruta. El conductor acababa de montarse. Habíamos parado para que fuera al baño. Dijo que era urgente. Apenas se subió me miró por el espejo, entrecerró la mirada y chasqueó los dientes. Yo hice lo mismo. Él frunció el ceño y le empezó a salir candela por todos lados. Eso veía yo. Lo veía a él lleno de candela. Qué gusto me daba. Apenas prendió el motor fue el golpe. Ocurrió por mi costado, al lado derecho de la camioneta. Vi el cuerpo de un hombre volar por los aires. Cayó más allá, sobre la berma. «Venía a toda», dijo el conductor cuando apagó el carro y se bajó a mirar al accidentado. Nosotras no nos movimos. Ellas por los nervios –una temblaba; otra decía dios mío, dios mío, por dios, dios mío–, y yo por simple apatía. Ya estaba harta: de ellas, de él, de ver todo prenderse en candela y no poder fumarme un cigarro.

Poco a poco se acumuló gente alrededor del accidentado; puros hombres. No sé de dónde putas salieron. Miré en todas las direcciones para inspeccionar: un par de casas sobre la montaña al pie de la carretera; al otro costado, una tiendita y detrás de ella se desparramaba una pendiente. En la vía no pasaban los carros. ¿A dónde nos trajo este hijueputa?, pensé, mientras miraba alrededor. El accidentado parecía ileso. Llevaba casco, pero quedó como atontado ahí en el piso. El conductor se puso a hablar por teléfono. Me miraba. Hablaba. Me miraba. Yo lo miraba, contemplaba toda la candela que

le rodeaba el cuerpo, la cara. Sentía cosquillas en la lengua y en la barriga. Al cabo de un rato colgó y se metió a la camioneta. Nos dijo que debíamos esperar a los oficiales de tránsito. Que el señor estaba claramente borracho. Que no era nada grave y pronto íbamos a retomar la ruta.

Apareció una ambulancia maltrecha que recogió al accidentado. Llegaron los oficiales de tránsito, salieron de un pueblo abajo de la pendiente. La gente, los hombres, salían de ahí como lo hacen las hormigas de un nido muy profundo. El conductor nos dijo que debían tomarle unos datos para lo de la póliza. Dijo que no nos preocupáramos y nos recomendó que tomáramos algo en la tiendita para matar el tiempo. Nos pidió paciencia: era domingo, todo quedaba lejos, se iban a demorar un poco los trámites.

Apenas nos bajamos de la camioneta prendí un cigarro. Eran poco más de las cuatro de la tarde y el sol se sentía como si todo estuviera prendido en candela. Entramos a la tiendita. Desde allí volteé a mirar al conductor: hablaba con el grupo de hombres que salieron del pueblo. Nos señalaba, ellos nos miraban. Me señalaba a mí, ellos me miraban y negaban con la cabeza. Él les hacía señas como si quisiera tranquilizarlos.

En la tiendita todo estaba lleno de polvo. No había nadie en las mesas de afuera. No había perros, ni gallinas, ni niños, nada. Sólo polvo. Me recordó a las tiendas en Zacarías cuando no llueve, cuando no van turistas a bañarse en el río. El tendero –un muchacho como recién salido del colegio– nos miró cual si fuéramos estrellas de cine. Nos sonrió. Nosotras nos miramos, pero no dijimos una palabra. Luego pedimos algunas bebidas y nos sentamos en una de las mesas de afuera. La de al lado sacó una cajita con pastillas para los cólicos; se tomó dos. La de adelante le dijo que era mejor un té caliente, que eso le calmaba más el dolor. Le dijo también que se pusiera una botellita tibia sobre la parte baja del abdomen. La de al lado le dijo que sí sin mirarla y se hizo la loca.

Tuvimos que esperar un buen rato más. La de adelante, sin que se lo preguntáramos, dijo que tenía que llegar pronto a Bogotá. Debía abordar un vuelo esa misma noche: veinticuatro horas. Conexión en Los Ángeles. Destino final Tokio. Nos contó que llevaba veinte años viviendo allá. Tenía

dos hijos adolescentes con un nipón. También nos reveló su edad, lo dijo con ese tonito exasperante. «Y con este cuerpo», apuntó y se rio orgullosísima. Tenía por qué. Parecía tan joven como nosotras. La de al lado se lo dijo. La de adelante explicó que era porque llevaba «un estilo de vida muy sano». Nos contó después que había vuelto al país por la muerte intempestiva de su madre. Que el reencuentro con su familia fue un suplicio y que regresar-se le estaba saliendo peor: había perdido el vuelo programado desde Cali. Había comprado otro con salida desde Bogotá por error y no pudo conseguir tiquetes domésticos para volar de una ciudad a otra. Por eso contrató a la agencia, a pesar de que odiaba viajar en carro. Toda una cadena de eventos desafortunados. Después de una larga pausa dijo que no veía la hora de estar de vuelta en su casa.

–No te culpo. Yo estoy que me largo de aquí. Mañana presento examen para una maestría. Si lo paso me voy a vivir a Madrid –dijo la de al lado.

–¿Y tú que es lo que haces? –me preguntó la de adelante.

No hubo tiempo para la respuesta. El conductor apareció de nuevo. Nos dijo que traía malas noticias, que había un trancón descomunal más adelante, que no podíamos avanzar más. Sin esperar a que reaccionáramos, agregó otra mala noticia: tampoco podíamos devolvernos porque le iban a inmovilizar la camioneta. Dijo que era probable que tuviéramos que pasar la noche en el pueblo. La de adelante y el conductor se enfrascaron en una discusión acalorada. Ella le dijo que no podía esperar hasta el otro día y comenzó a llorar. El conductor la miró perplejo. Me miró a mí. Luego nos dijo que iba a hacer una llamada y desapareció. La de adelante siguió llorando, la de al lado fingió querer consolarla. Yo me paré a fumarme otro cigarro.

Me asomé sobre la barandilla que daba hacia el pueblo. Jugué con el encendedor que llevaba en el bolsillo izquierdo del bluyín. Yo siempre andaba en bluyín y siempre cargaba cigarros y encendedor, precisamente para ocasiones como esas. Jugué con él hasta que me dolió el dedo. Estaba harta de ellas, del conductor, de la carretera, de ese puto pueblo que se veía a lo lejos, del calor de los mil demonios que hacía. Los cigarros ya no me estaban haciendo nada. Me iba a tener que tomar las pastillas.

No puedes apagar un Fuego.

La primera vez ocurrió en Zacarías. Acababa de cumplir diecinueve años y el paisita de la tienda al que le debíamos cinco meses de fiado me trató de convencer de que le pagara de *aquella* forma. Yo acepté. Me gustaba él y me gustaba también el trato. Comenzamos a vernos durante un tiempo. Tocaba a escondidas porque él tenía mujer e hijos. El día que se enteró de que quedé embarazada me encendió a golpes. Estábamos en su pieza, atrás de la tienda, lejos de su casa familiar. Apenas me recuperé de la golpiza lo puse en su sitio. Entonces se incendió él, su cama, su pieza, la tienda, toda la cuadra. Dijeron que fue un corto circuito. Que la precariedad de las casas, que la miseria en Zacarías. Dejé el pueblo esa misma semana. Acababa de ganar mi primer concurso y con esa plata me pude ir a estudiar a Cali.

Tiempo después volvió a ocurrir. Fue durante un evento en Cartagena sobre «nuevas voces en el panorama nacional». El moderador era un reconocido crítico que ya me había leído. En el conversatorio habló maravillas de mi libro, pero yo respondí a sus preguntas lo que no quería escuchar. Abajo de tarima, a mis espaldas, llegó a decir lo que pensaban muchos: que yo no era más que una resentida social con ínfulas y buena suerte, que sólo sabía hablar de mi «prosaica experiencia», que se debía todo a mi editor y que no tenía imaginación, ni capital intelectual, ni mucho menos talento; que sólo escribía sobre rabia y eso era aburrido y predecible. Me dio mucha risa porque en el evento él me buscaba la mirada y me sonreía de *esa* forma. Y yo le correspondí. De hecho, le sonreí mucho. Sobre todo, cuando se metió conmigo al baño y lo mojé en vodka y lo prendí en candela. Por poco se incendia el centro de convenciones.

La verdad es que se me daba tan bien prender las cosas en candela. Lo único que me costaba era decidir cómo hacerlo, elegir entre las tantas opciones que maquinaba mi mente. Y entre todas esas veces, la del hombre con el que me iba a casar fue, durante mucho tiempo, la que más me gustó. Vivíamos juntos, tirábamos como conejos. Nos moríamos juntos de hambre. Un día simplemente se despertó y me dijo que muy rico y todo pero que él no iba a formar una familia con alguien como yo. Que se merecía algo mejor,

más decente, más a su altura. Tiramos una última vez y mientras él dormía le prendí candela a su cama. Otro cortocircuito. Ni siquiera me molesté en sacar mis cosas del apartamento.

Después de eso yo seguí con mi vida. Comencé a salir con mujeres y los episodios disminuyeron muchísimo. Incluso llegué al punto de remitir. O eso decía el doctor Novoa, que igual me mantenía a punta de Prozac. «Escribe», siempre enfatizaba en eso cuando recetaba el medicamento. «Ah, y deja de fumar»; «no cargues los cigarrillos». ¿Cómo iba a dejar de fumar? Era lo que más me gustaba.

No puedes apagar un Fuego.

Fui al mostrador por más cigarros. Pedí dos cajetillas. El muchacho de la tiendita me miró sin decir nada y me las entregó, algo tembloroso. Le sonreí y aproveché para preguntarle por qué estaba todo tan desolado. Él me miró un momento y dejó de acomodar paquetes en la estantería. Se me acercó y dijo que era un pueblo de pocos habitantes. Que desde que construyeron la nueva carretera nadie pasaba por ahí. Ya no había trabajo. Que ellas se iban. Que nadie quería mudarse al pueblo ni vivir así ni formar una familia con ellos.

—Definitivamente nos toca pasar la noche acá —apareció diciendo el conductor.

—¿Nos toca? —chistó la de al lado.

—Tengo que hacer varias diligencias para que podamos salir mañana. Y me toca ir a ver que el señor no se haya muerto.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras?... Señor, entienda: no podemos quedarnos aquí. Yo tengo un vuelo esta noche, ¡por favor! —dijo la de adelante.

—Señorita, a mí me da mucha pena con usted, pero es que no puedo hacer más.

—¿Cómo que no? ¡Que nos envíen otro carro!

—Está bloqueado el paso.

—¿No era un trancón? —dijo la de al lado.

—Un trancón, está tapada la vía, ambas cosas. En todo caso, no podemos pasar. Nos toca dormir aquí en el pueblo.

—¿Dónde es? —pregunté.

–Hay un pequeño hotel apenas bajando. No se preocupen, la agencia va a correr con todos los gastos.

–No pues, gracias –dijo la de al lado.

–¡Pero anímense! Hoy son las fiestas de San Juan. Se van a divertir.

Él usó ese tono, entre socarrón y despiadado. Como si disfrutara de nuestras circunstancias. Yo chasquéé los dientes y me adelanté para sacar mis cosas de la camioneta. Detrás de mí venía la de al lado quejándose entre dientes. La de adelante se quedó discutiendo con el conductor. Lloraba, le decía lo importante que era su vuelo y que no estaba dispuesta a pasar la noche en un «pueblo de mala muerte». Me eché a reír. Ella se dio cuenta. Me miró y entrecerró los ojos. No dijo nada, pero le temblaba el labio superior. Pude percibir cómo lo decía en su mente: «negra asquerosa, de qué te ríes».

Tuvimos que bajar por una pendiente pronunciada. El hotel quedaba enfrente de la plaza, como todo lo demás. El pueblo era diminuto. Las casas constaban de un solo piso. Apenas el hotel y la alcaldía tenían dos; el campanario de la iglesia era la construcción más alta. Miré hacia la carretera cuesta arriba. Se veía mucho más lejos de lo que pareció cuando bajamos. Ya no se podía distinguir la tiendita ni aquellas casas sobre la colina. Sólo se mostraba un tupido de montañas y árboles que se extendía en todas las direcciones. La luz anaranjada del atardecer comenzaba a desvanecerse. Sobre la plaza había algunas personas, todos hombres. Organizaban cosas de fiesta, tomaban cerveza y aguardiente. Ellos nos miraban con insistencia, se frotaban la cabeza, se pasaban la mano por la boca, por el mentón.

El conductor nos dejó en el hotel y salió para el puesto de salud «a ver cómo seguía» el accidentado. Esta vez nos recibió un hombre mayor; un viejo perturbador. Nos miró a las tres de arriba para abajo. Me miró a mí un buen instante frunciendo el ceño. Podía escucharlo decir: «negra asquerosa», «aquí no hay sitio para negras», «vaya duerma con los marranos». El viejo luego pasó la mirada a la de al lado. A ella la miró como hacen los perros hambrientos con la comida. El viejo se saboreó ruidosamente. Le sonrió y ella lo miró como si quisiera cortarle la garganta. La de adelante interrumpió

la escena exigiendo, tan malhumorada como estaba, que le asignaran una habitación con teléfono. Nuestros celulares habían perdido señal.

El viejo nos dijo que de momento no tenía habitaciones disponibles, que debíamos esperar un rato.

–¿Esperar a qué? ¡En este edificio no hay nadie! –gritó la de adelante y comenzó a llorar otra vez. El viejo la miró un momento. Tomó el teléfono y habló con alguien sin quitarnos los ojos de encima. Cuando colgó nos dijo que podíamos dejar las maletas ahí y que esperaríamos en la plaza mientras nos ubicaban en otra parte. La de al lado iba a decir algo cuando comenzó a sonar la pólvora.

Un tote tras otro. Risas. Música. Todo irrumpió como una celebración sin precedentes. Ellas salieron a ver. Yo me quedé ahí parada mirando al viejo mientras me fumaba otro cigarro. Él me miraba y sonreía. Se veía lleno de candela por todos lados. La luz de la pólvora le alumbraba la cara, le marcaba en las facciones esa forma que adoptan las cosas con el tiempo: como cuando llevan tantos años en el mismo lugar que sólo generan aprensión. El viejo me sonreía sin parpadear, y los pómulos pegados a los ojos se le endurecían con cada destello de la pólvora.

La de adelante comenzó a gritar de repente. Aullaba como si le pincharan las entrañas desde adentro. Salí a ver. Había hombres: poco más de treinta arremolinados en el centro de la plaza. Alrededor había parlantes y muchas cajas. En cada extremo de la plaza ardían hogueras. No era como la candela que yo veía en ellos y que me hacía fumar o me ayudaba a escribir para publicar libros y morirme de hambre. Era un montón de fuego aburrido, candela contenida; hogueras incandescentes que ardían tan controladas y tristes. En las casas ya no alumbraba ni un bombillo. Ni en la alcaldía. Ni en el hotel. Ni en la iglesia. Las hogueras eran la única fuente de luz.

En el centro de la plaza se levantaba un tronco muy alto. En su punta una cabeza exorbitante parecida a las figuras precolombinas vigilaba todo. Justo debajo de la cabeza colgaba un gallinazo enorme con las alas bien extendidas. La sangre escurría por el tronco. Era un falo con cabeza y con alas de muerte. Un tótem.

Pólvora, música de cantina. Risas de hombres. Todo refulgía más y más. Ahí noté que la de adelante y la de al lado eran arrastradas por los pelos hacia el centro de la plaza. Cuando me acordé de respirar una mano me agarró por el pelo y me lanzó al piso.

–¡Venga para acá, negra hijueputa! –dijo el viejo del hotel. Me arrastró y me miró con *esa* cara, como si llevara un bulto de mierda. Yo miraba al cielo estrellado mientras gritaba e intentaba soltarme.

Cuando el viejo por fin me soltó, las tres yacíamos en el centro de la plaza, justo al frente del tótem. Otras tres mujeres también aparecieron a nuestro lado. A todas nos arrodillaron y nos amarraron las manos por detrás. La música dejó de sonar de repente. Lo mismo ocurrió con la pólvora. Sólo se escuchaban las brasas y el gruñido de perros bravos. El fuego ardía con rabia: el de las hogueras, y el que yo veía en las caras y en los cuerpos de esos hombres.

–Hermanos, ¡por fin es el día! –anunció un hombre no muy alto. Su voz retumbaba, como si hablara desde adentro de una cueva. Voz de macho cabrío, de mandón de pueblo. Los hombres alrededor celebraron con mazzos, euforia, machetes raspando en el pavimento. El aguardiente estaba regado por todas partes. Algunos tomaban cerveza. Había cajas y cajas, botellas llenas; en las manos, en el suelo, otras tiradas por toda la plaza. También había hachís: su humo flotaba alrededor, resplandecía con la luz de las brasas. Al lado del voz de cueva se paró el conductor. Me miró fijamente, con esa expresión de Mona Lisa.

–Hoy, por fin, inauguramos una nueva tradición –aplausos, gritos, los machetes al aire–. Nuestro pueblo no va a caer. Somos lo que nuestro padre; somos porque él fue. ¡Somos y seremos siempre!

Poco a poco aparecieron otras mujeres, todas vestidas de negro. Las conté mientras se formaron en torno al tótem. Eran catorce. Sólo un par de ellas tendrían mi edad. El resto eran de pelo gris, de pelo blanco, con la piel cuarteada. Flacas, ojerosas, idas.

–... Nuestras mujeres lo han sacrificado todo por nosotros: nos han educado. Nos han cuidado. Han consolado nuestro luto. Nuestras madres nos han levantado y nos han hablado al oído...

Los hombres se acercaron un poco más. Con sus machetes y sus perros grandes, negros y grises y marrones y bravos formaron un círculo alrededor del tótem, de las mujeres de negro, de nosotras. La de al lado miraba todo y temblaba. La de adelante negaba con la cabeza, entre sollozos. Las otras tres lo mismo: gemían, suplicaban, decían que no por favor, que qué está pasando.

–Padre, háganos el honor –dijo el voz de cueva.

Un cura vestido de blanco se acercó con parsimonia de misa y nos echó la bendición. Profirió rezos en otra lengua, nos salpicó de agua. Luego asintió mirando al voz de cueva. Él hizo una señal con la mano y seis hombres vestidos con sotana roja se acercaron. Se pararon enfrente de nosotras: uno para cada una. Por debajo del atuendo a algunos se les marcaba el pene erecto: tenían esa expresión en la cara, como si se hubieran aguantado toda una vida para penetrarnos. A la de adelante le tocó el conductor; a mí, el muchacho de la tiendita. Él miraba para cualquier otro lado, me evadía.

El voz de cueva inspeccionó a la mujer que comenzaba nuestra fila, al otro extremo del mío. Él mismo le quitó la ropa: despacio, con esmero, como si disfrutara de la tensión que despertaba con cada movimiento. Luego la revisó como si fuera un pedazo de carne en venta: la palpó, le restregó sus manos por todas partes. La olió, le pasó la lengua. Al cabo dijo que sí y el cura habló:

–Que el Señor confirme este consentimiento que han manifestado ante la Iglesia y cumpla en ustedes su bendición. Lo que Dios acaba de unir que no lo separe nadie.

El primer hombre de la fila frente a nosotras se quitó la sotana. Quedó desnudo frente a la elegida. Su pene palpitaba, le saltaba. La mujer, ya sujeta por otros hombres, gritaba y movía los pies y las manos, escupía, decía que no. Una a una se fueron juntando las parejas tan pronto el cura decía las palabras rituales.

La de al lado pasó la prueba. Entre varios tuvieron que maniatarla para que se pudiera consumir el rito. Mientras el conductor esperaba su turno movía un pie repetidamente. Miraba a la de adelante, le miraba el cuerpo, la cara. Al cabo le preguntó que cuántos años tenía. Ella respondió que cincuenta y cuatro. El conductor se llevó las manos a la cabeza, gritó que no,

que como así. La de al lado ya había sucumbido a los golpes, el hombre asignado la penetraba mientras ella sollozaba sin más.

–¿Qué pasa? –dijo el voz de cueva.

–Esta se puso menos edad –justificó el conductor. El voz de cueva la desvistió. La miró, la palpó. La olió. Negó con la cabeza mientras sonreía.

–No nos sirve para eso, pero vamos a sacarle provecho.

El conductor se vistió mientras a ella la arrastraron hacia un lado. No sé de dónde sacaba fuerzas para gritar, pero ella gritaba. Gritaba y pataleaba, a pesar de que la sostuvieron entre cuatro y le taparon la boca. Poco a poco los hombres formaron una fila. El primero le pegó una bofetada que la dejó boba y comenzó a penetrarla con violencia. Los demás miraban y se reían y tomaban y fumaban. Se agarraban sus penes erectos, con ansias de que les llegara el turno.

–¡Esta está sangrando! –aulló el que penetraba a la de al lado. Varios lo miraron, confundidos.

–Está sangrando –repitió, explicativo. El voz de cueva hijueputeó, tres veces seguidas. Cada hijueputazo le salió con más rabia. De repente agarró a la de al lado por los pelos, la arrastró hasta los pies del tótem y la decapitó con un machete.

La cabeza de la de al lado rodó hacia mí.

La cabeza de la de al lado me miró sin parpadear.

–Que no vuelva a pasar –dijo el voz de cueva. El conductor lo miró confundido.

–Pero, y yo cómo...

–¡Que no vuelva a pasar!

El conductor asintió.

–¿Y ella? –interrumpió el muchacho de la tiendita. El voz de cueva me vio por primera vez. Se dio cuenta.

–¡Esa menos! ¡¿Es que no la ves?!

El muchacho frunció el ceño como si acabara de recordar una de las reglas más obvias e imprescindibles de una tribu. Entonces hizo un gesto y escupió al piso, y se alejó avergonzado. El conductor se acercó.

–¿Y aquí qué pasó? –le preguntó el voz de cueva.

–Puso que era escritora. Yo que iba a pensar...

–¡Já! ¡¿Alguna vez han visto a una negra que publique libros?! –dijo el voz de cueva mientras miraba al cura, a los que me sujetaban, al conductor. Luego hizo que no con la cabeza. El conductor asintió y le preguntó que entonces qué hacían conmigo.

–Déjenla que mire. Luego se la echamos a los perros... –gritó el voz de cueva mientras tomaba su turno con la de adelante. Los demás le siguieron el ejemplo. Hicieron fila: el conductor, el muchacho de la tiendita, el viejo del hotel, el cura.

Dos hombres me llevaron de afán a un costado de la plaza. Me pusieron a mirar todo al lado de un grandulón con machete; el único de ellos que se tuvo que privar del asunto. Él no me vigilaba. Estaba tan ensimismado en su arrechera que se desentendió por completo de mí. Podía escucharlo cómo se sorbía las babas. Podía oler sus eructos de la cerveza que acababa de tomarse y que le escurría por la camisa, por el pantalón. Podía oler el aguardiente regado por todas partes. Podía desatarme de a pocos las manos. Podía reírme de esa cadena de eventos desafortunados.

No puedes apagar un Fuego

Una cosa capaz de encenderse

Puede seguir, por sí sola, sin un fuelle

En la noche más lenta...

Eso susurraba yo mientras los miraba. Mientras miraba todo eso con calma: a los hombres en su trance de falo erecto haciendo fila; a la de adelante que ya no gritaba más y pedía que por favor la mataran; a la cabeza de la de al lado mirándome sin parpadear; a las mujeres de negro que no se inmutaban; a ese grandulón que ya me había dado la espalda y se revolcaba en el suelo; a las cajas de cerveza, el licor regado por toda la plaza; a las hogueras ardiendo ya descontroladamente.

Yo miraba todo mientras caminaba con mi encendedor en la mano y decidía a quién de ellos iba a prender en candela.



Iniciamos en Kennedy, pasamos
por Fontibón, hacemos una pausa en
Teusaquillo, atravesamos Chapinero y
terminamos en Suba. ¡Súbase a la ruta, veci!



Este símbolo se inspira en la *Odontoglossum*,
flor emblemática de Bogotá, que se combina
con las ornamentaciones tradicionales
de puertas y ventanas de la ciudad. Es un
homenaje a la diversidad y a la cotidianidad
de la capital.

Una mujer que susurra que el fuego no puede apagarse. Pasos cansados y días que se diluyen en el cerro de Guadalupe. Memorias de otros tiempos que resucitan en la carretera. Un mono que baila como un ángel eléctrico. Tres tristes calvos que tragan pasta en casa de la tía. La esperanza puesta en un concurso mientras la vida apremia.

Estos relatos de ficción, ganadores del Premio de Cuento Ciudad de Bogotá 2024, reúnen una selección de voces y miradas contemporáneas que toman como inspiración la ciudad, las calles, los personajes de la cotidianidad y los altibajos de la vida misma.

ISBN: 978-958-725-386-3



9789587253863

EDITORIAL
LUTADEO